

REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Volumen XX

Bogotá, mayo de 1952

Número 11

Director:

Profesor CARLOS MARQUEZ VILLEGAS: Decano de la Facultad.

Jefe de Redacción: Doctor Rafael Carrizosa Argáez.

Comité de Redacción:

Profesor Alfonso Esguerra Gómez. Profesor Manuel José Luque.

Profesor Agregado Gustavo Guerrero I.

Administrador: José R. Durán Porto.

Dirección: Calle 10 N° 13-99 — Bogotá — Apartado Nacional N° 400

Talleres Editoriales de la Universidad Nacional

EDITORIAL

Discurso del Profesor Juan Pablo Llinás

en el homenaje de la Facultad de Medicina a don Santiago Ramón y Cajal en el 1er. centenario de su natalicio.

Cumplo con orgullo la honrosa comisión de llevar la vocería de la Universidad Nacional en el homenaje que nuestra Facultad de Medicina rinde hoy a Santiago Ramón y Cajal.

Estoy seguro que nuestro Decano, el Profesor Márquez Villegas, al escogerme para tan alto cometido, tuvo tan sólo en cuenta mi admiración ilímite por el sabio aragonés y mi intransigente devoción por todo lo que a España se refiere.

“Homenaje de la Facultad de Medicina a Santiago Ramón y Cajal en el centenario de su natalicio”.

Ha querido la Universidad de Colombia perennizar en esta piedra, con la augusta sencillez que requiere la grandiosidad del

genio, su reconocimiento al más grande de los investigadores y el más humano de los biólogos.

Como reza en esa lápida, hace un siglo vino al mundo en Pettilla de Aragón, pequeña aldea de Navarra, Santiago Ramón hijo del médico Justo Ramón Casasús, aragonés de pura cepa, y de Antonia Cajal, sencilla y hermosa hija de las montañas de Larrés.

Heredó de su padre extraordinaria energía de voluntad, por lo demás harto frecuente en sus coterráneos y que, al no orientarse con fines muy elevados, es considerado en veces como simple tozudez aragonesa.

Le inculcó su progenitor la fe en el trabajo y la convicción de que la perseverancia es capaz de hipertrofiar el músculo o de agujinear el cerebro para hacerlo producir geniales concepciones.

“De él adquirí, dice el sabio petillense, la hermosa ambición de ser algo y la decisión de no reparar en sacrificios para el logro de mis aspiraciones, ni torcer jamás mi trayectoria por motivos segundos y causas menudas”.

Su primera infancia se pasa en la escuela de Valpalmas, en donde se caracterizó como un niño apocado, tímido, un tanto sensiblero y un mucho soñador. Los maestros se asombran por la capacidad de trabajo, la asiduidad en el estudio, el silencio y el temperamento huraño del joven estudiante.

A los diez años experimenta su espíritu una total transformación, como si la llamarada de la adolescencia al encenderse bruscamente le hubiese alborotado la sangre y desbordado el azoguillo.

Coincidió este cambio temperamental con el traslado de su familia a la Villa de Ayerbe, situada en las estribaciones de la sierra aragonesa de Gratal.

Mal recibido, en un principio, por sus compañeros, a causa de su bien hablada lengua castellana, fue poco a poco aprendiendo los barbarismos de un dialecto ayerbense, mezcla de catalán, aragonés antiguo, francés y castellano. Ya a tono con sus camaradas entró a participar con ellos de sus juegos y zalagardas. El tejo, el peón, el marro, la espandiella y las competencias de luchas y saltos fueron las actividades en donde se acrecentaron su energía muscular y su agudeza pensorial; pero como sus compañeros de Ayerbe no sólo se limitaban a esos juegos sino que se iniciaban también en otras actividades más pecaminosas, como el pillaje, el merodeo, la rotura de faroles y cristales, las guerrillas a pedrada limpia y aun la colaboración con los zaga-

lones del pueblo en los asaltos a las huertas, para arrasar con uvas, higos y melocotones. En fin, que se preparaba tesoneramente en cuerpo y espíritu para llegar a ser un perfecto anarquista.

Como dice Herbert Spencer, el niño es todo voluntad, ejecuta antes que piensa, sin dársele un ardite de las consecuencias, ante su tiránico querer, afirmado constantemente con actos de bandolerismo; las leyes son papeles mojados y la propiedad es una mera ficción del Gobierno.

Por aquel entonces Santiago Ramón escribió su primera obra, por cierto bastante original, intitulada "Estrategia lapidaria" o Manual del hondero. Allí se consignaban todos los detalles para la extracción, preparación y manejo de los proyectiles que, tajados en las rocas vecinas, hacían sentir sus efectos mortíferos sobre los vidrios de la escuela, los vitrales de la Iglesia y en las propias carnes de los desprevenidos ayerbenses que llegaren a encontrarse por azar y por desgracia en estos campos de agramantes juveniles.

Llegó a manejar la honda con singular tino y maestría, sin que se quedaran en zaga el palo y la flecha; llegó a tal punto su habilidad en escalar las tapias, asaltar las viñas y olivares, se dio tal maña en superar las tretas y bellaquerías de sus compañeros, que fue nombrado Capitán de una banda de mozos que más bien parecían forajidos calabreses.

A las reivindicaciones comunistas en que estaba empeñada esta cuadrilla de granujas que, como el Buscón de Quevedo, cobraba censos y primicias sobre huertos, viñas y olivares: no se libraban ni las almibaradas brevas del señor Cura ni los succulentos melocotones del burgomaestre. Las dos potestades, Civil y Eclesiástica, eran tenidas muy en menos cuando se proyectaban estos asaltos, por la sencilla razón que los frutos cosechados en sus heredades, no por ser prohibidos, dejaban de ser los más jugosos y mejor cultivados.

En vista de las inclinaciones, cada día más perversas, del joven Ramón, y sabedor su padre que en la vecina población de Jaca existía un colegio de Padres Escolapios, cuya fama de enseñar bien el latín y domar muchachos díscolos había trascendido por toda la comarca, lo llevó allí y lo recomendó especialmente al Padre Jacinto, considerado como el desbravador de la Comunidad.

Muchos fueron los castigos y poca la enmienda que en este plantel recibiera el nuevo discípulo y su espíritu rebelde no

cedió a los ayunos, encierros, zurras, ni otras reprimendas materiales; en cambio, el cultivo del arte y la contemplación de la naturaleza comenzaron a morigerar su ánimo. Tal vez fue allí en donde primero experimentó el orgullo de su casta, al contemplar y pasear por las orillas del río Aragón, río sagrado que baña las tierras conquistadas por sus antepasados, que les dio su nombre y que simboliza su historia.

Para quienes tenemos nuestro ancestro abroquelado en esas breñas del solar aragonés y en las soleadas llanuras catalanas, es especialmente emotivo el leer las impresiones que de niño recibiera el sabio español en sus paseos favoritos por esas regiones. Cuando nos habla del sagrado río nacido en las regiones pirenaicas y en cuyas fuentes bebieron los hombres de esa raza valerosa y libre, cuya perseverancia y tenacidad inquebrantables los ha caracterizado siempre. En las aguas frías del caudaloso Aragón templaron sus aceros y sus voluntades quienes dieron nombre y gloria a la patria aragonesa y por ende a la patria española.

No fue muy larga la permanencia del joven Santiago con los Escolapios de Jaca; y en vista de su poca asiduidad por el latín, su padre resolvió trasladarlo a Huesca, en donde volvió de nuevo a las andadas.

Los remoquetes con que fue recibido por sus compañeros "carne de cabra", con que solían designar a los ayerbenses, y el "italiano", a causa de un amplio gabán que su madre, hacendosa y económica, fabricó de un antiguo sobretodo paterno y que en previsión de un rápido crecer dejó los faldones del gambeto un buen tanto más largos de lo que estilaba la moda. Estos remoquetes lo irritaban en demasía y fueron la causa de verdaderas luchas, las más de las veces adversas, con sus compañeros. Entonces, también, como en todas las actividades de su vida, se empeñó, o por mejor decir, se empecinó en fortalecer sus músculos para vengar las tremendas palizas que a diario le propinaban y logró su aspiración al llegar a adquirir una tremenda musculatura y a ser el terror de sus antiguos verdugos.

Como los desatinos del joven Ramón fueran cada día más acentuados y peligrosos, su padre, de acuerdo con el profesor de griego, quien habíale tomado marcada ojeriza, determinaron colocarlo de aprendiz de zapatero, en casa de maese Pedrín Coarazas, quien tomó grande empeño en hacer de su discípulo un virtuoso en el arte zapateril; y aquí también triunfó Ramón

y Cajal, pues al poco tiempo era el encargado de arreglar las botinas de las señoritas más remilgadas y presumidas del lugar.

Quizás hubiera perseverado en este arte si no se hubiese presentado, en ese entonces, el intento revolucionario de Moriones y Pierral, cuyo sangriento epílogo acaecido en Linás de Marcuello, lo impresionara tan profundamente.

La revolución venía incubando a causa de las deportaciones y fusilamientos de los liberales. Cada día el descontento contra el Gobierno era más ostensible y la sublevación de los Generales fue recibida con júbilo en todo Aragón.

Intempestivamente, y para sorpresa de todo el vecindario, apareció en plena plaza de Ayerbe la brillante columna del General Manso de Zúñiga, que venía a pacificar la región y a someter a los ariscos y rebeldes montañeses. ¡“Qué emoción tan profunda”, dice Cajal, “la que experimenté al ver los bizarros coraceros de la reina, con sus lucientes armaduras, sus bruñidas corazas y sus empenachados yelmos. Al moverse los caballos toda aquella masa de metal pulido rielaba al sol; de las desnudas espadas brotaban deslumbradores relámpagos, y el polvo alzado por el piafar de los alazanes parecía como dibujar en torno de cada guerrero glorioso nimbo de luz”.

Todos los muchachos contemplaban extasiados aquel brillante equipo, presagio de una próxima victoria, y algunos no pudieron contener la ardiente curiosidad de presenciar el choque entre los libres, díscolos y aguerridos montañeses y los adiestrados, serenos, disciplinados y flamantes soldados del Gobierno.

No transcurrió mucho tiempo sin que se oyese el estampido del cañón y las descargas de la fusilería.

Desde una colina pudieron contemplar el tremendo espectáculo y la furia con que se combatía en las calles mismas de la población; por todos los balcones, puertas, rendijas y emparrados, llovía fuego sobre las tropas del Gobierno. El General Manso de Zúñiga, en un acto extraordinario de valor y viendo que los suyos flaqueaban, espoleó su caballo y seguido de un grupo de valientes temerarios llegó casi al centro de la aldea. En ese momento cayó herido por un certero disparo, y un moctetón abalanzóse sobre él con ánimo de desarmarlo y hacerlo prisionero; pero frustróse su intento, pues una bala le atravesó el corazón y cayó desplomado a los pies del General.

El sangriento combate en los campos de Linás terminó con la derrota del brillante ejército de la reina. El cuadro con los despojos de la lucha era en extremo desolador.

Los heridos, los agonizantes, y, especialmente la pálida figura del caudillo herido, que, cuai trágica aparición, desfilaba casi sin vida sobre su caballo, con el uniforme desgarrado y empapado en sangre, trajeron a mi espíritu, dice Cajal, “la terrible enseñanza de la muerte, la más profunda y angustiosa de todas las realidades de la vida”.

“Cuán soberanamente trágico, dice, aparece ese abandono del espíritu y la dócil entrega de nuestros órganos a todas las disolventes injurias de las fuerzas cósmicas. Y qué desconsoladora indiferencia la de la naturaleza al arrojar cual vil escoria la obra maestra de la creación, el sublime espejo cerebral donde aquélla adquiere conciencia de sí misma”.

Después del tremendo choque moral que recibiera el juvenil espíritu de don Santiago Ramón, y ya un poco sosegados los ánimos de los aragoneses, volvió el joven a los estudios y consagróse especialmente a la Filosofía. En los campos de Aristóteles y Santo Tomás sufrió algunos descalabros y se sorprendió, por no estar de acuerdo con su manera de ser, pensar y obrar, que verdades tan trascendentales como la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, que debieran constituir indiscutibles postulados de razón a la manera de axiomas matemáticos, tuvieran que ser defendidos con argucias y con recursos que a él se le antojaban propias de abogado.

En 1868 y antes de terminar el bachillerato, su padre lo inició en los estudios anatómicos, con la resolución inquebrantable de que el hijo se fuera familiarizando poco a poco con estas disciplinas.

Las primeras lecciones de Osteología, recibidas en un granero, bajo la sabia y férrea dirección de don Justo Ramón Casasús, fueron definitiva orientación que desde entonces lo inclinara hacia estas actividades; y sin lugar a duda, el primer eslabón que iniciara la interminable cadena de triunfos alcanzados más tarde por el sabio aragonés.

Posteriormente, en Zaragoza se intensificó su estudio y afición por la Anatomía, gracias a que su padre fue nombrado profesor de esta materia, y entonces sí era verdad que padre e hijo trabajaban de sol a sol para preparar entrambos la enseñanza. Su asiduidad, afición y práctica le valió, en el segundo año de Medicina, la plaza de ayudante de disección.

Las tareas de disector no lo eximieron de las manías reinantes entre la juventud universitaria de esa época, a saber: la Literatura, la Gimnasia y la Filosofía.

Victor Hugo en la novela, Bécquer, Espronceda y Zorrilla en la poesía y Castelar en la oratoria, eran citados a diario en las aulas de la Facultad.

De las actividades literarias de esa época sólo recuerda con interés y se lamenta de no conservarla, una novela biológica en donde se relatan las peripecias de cierto viajero al llegar a Júpiter y encontrarse con seres fabulosos que, comparativamente con ellos, nosotros tendríamos el tamaño de un microbio.

En tal virtud, penetra fácilmente al organismo del monstruo por una glándula cutánea, navega sobre un glóbulo rojo, como sobre una piragua, asiste a las más épicas luchas entre un leucocito y un germen patógeno, cuya morfología monstruosa causaría espanto al más impertérrito observador.

Asiste a un extraordinario y armonioso festival acústico y visual y, ¡oh prodigio!, llega después de largo recorrido al cerebro para descubrir nada menos que el secreto del pensamiento y del impulso voluntario.

Qué extraña preocupación, que inexplicable inquietud, qué presagios tan trascendentes los que se incubaban en ese momento en el cerebro del joven novelista.

Quien entonces así soñaba con llegar al cerebro de un monstruo y asistir absorto al extraordinario espectáculo que le dispensaban las células nerviosas, no llegó a presumir jamás, que sería él mismo, que en no lejano día, recorrería, ante el asombro y el pasmo del mundo científico, la más trascendental de las nociones histológicas; la neurona, con todo su gallardo cortejo de prolongaciones sensitivas y motoras.

Los ensayos literarios fueron entreverados con una intensa educación física que era el complemento indispensable para adquirir estima y respeto entre sus compañeros. Con tal fin se matriculó en un gimnasio en donde se ejercitaba, a cambio de unas lecciones sobre Fisiología muscular, con las cuales el director del establecimiento quiso realzar sus programas y darles cierto postín científico a sus enseñanzas.

Con la constancia, que fue una de las más grandes virtudes del sabio, llegó pronto a ser no sólo un gran gimnasta sino que sus músculos se desarrollaron exageradamente.

No tardó mucho tiempo en darse cuenta que la fuerza es una y que el organismo humano no puede adquirir supremacía en todos los campos.

Es difícil aunar el sabio y el atleta, y si aquél quiere conservarse en perfectas condiciones físicas, deberá tan sólo reali-

zar ejercicios moderados. El exceso de trabajo material disminuye la capacidad para el intelectual, y la fatiga retarda la diferenciación estructural en las actividades del sistema nervioso. Las esferas de asociación de la substancia gris aparecen inhibidas por los centros de proyección de las zonas motoras.

En el año de 1873 y en el mes de junio obtenía su título de Licenciado en Medicina. Por razón de su edad vióse obligado a prestar el servicio militar obligatorio, recientemente establecido con el fin de conjurar las dificultades políticas de esa época.

Si bien es cierto que la presencia de Castelar a la cabeza del gobierno se caracterizó, entre otras actividades, por la reorganización del ejército, que vino a consolidar una situación de orden, después del caos reinante por la abdicación de don Amadeo de Saboya; estas añoradas esperanzas de orden y de paz fueron efímeras porque la insurrección de Cuba obligó al gobierno español a enviar contingentes a la isla, al mismo tiempo que a sostener un ejército bastante numeroso en la Península para debelar el movimiento carlista que amenazaba con dominar en todo el norte de España.

Con las milicias que partían para Cuba salió Cajal a pesar de las reflexiones que le hiciera su padre, quien temía, no sin razón, que se perdiera la extraordinaria formación anatómica adquirida a costa de tantos esfuerzos y a que olvidara la posibilidad de llegar algún día al profesorado. Meta, esta última, de las aspiraciones paternas.

Más de cuatro meses permaneció en la Isla y allí sufrió, junto con las inclemencias del trópico, un paludismo y una disentería que lo llevaron al borde del sepulcro y que lo obligaron a regresar a España, para convalecer de tan tremendas afecciones.

Ya en su patria, volvió de nuevo a las aficiones anatómicas y se doctoró con el fin de presentar el concurso para el profesorado.

Fue solamente entonces cuando se le despertó realmente el interés por la Anatomía general, quizás como un complemento de la descriptiva; sin embargo, desde el primer momento fue impresionado por los fenómenos íntimos de lo infinitamente pequeño y aprovechando el único microscopio que existía en el Laboratorio de Fisiología de la Facultad de Zaragoza, dióse a examinar muestras de sangre y de diversos tejidos. Cada día tomaba más interés por estas disciplinas y así fue como resolvió adquirir a crédito un microscopio, un micrótomo y algunos otros instrumentos de Histología.

Se inició en la especialidad que lo llevaría hacia la gloria y hacia la inmortalidad, con una dotación extremadamente pobre y en una situación económica acorde con ella. Solo, sin maestros y teniendo que recurrir a los poquísimos libros que en ese entonces existían sobre estas materias; porque los pocos tratados de algún valor científico eran alemanes y Cajal, por esa época, desconocía esta lengua. Los tratados franceses de Kley, Robin, de Beal y de Latteaux fueron las guías que hubo de seguir durante algún tiempo el célebre aragonés. Mucho más que a los mencionados libros, dedicábase con ahinco a las prácticas histológicas y diariamente desfilaban bajo la platina de su microscopio Verink, las células epiteliales, las fibras musculares, los glóbulos sanguíneos, las glándulas y las células nerviosas.

Mientras más se familiarizaba con estos elementos, más se sorprendía de la total ausencia de curiosidad de la mayor parte de sus maestros que a diario hablaban de células sanas y enfermas sin siquiera haberse asomado a un microscopio para conocer, aun cuando sólo fuera de vista, a esos maravillosos protagonistas de los misterios trascendentales de la vida y del dolor.

Como intempestivamente se anunciaron las oposiciones para cátedras de Anatomía descriptiva y general de Zaragoza y Granada hubo, tan sólo por complacer a su padre, de inscribirse en ellas y experimentar, desde luego, la primera derrota, de la cual sacó extraordinario provecho porque fue una verdadera lección para el arte de presentar un concurso y darse cuenta que, además de conocer bien la materia, es indispensable saberla exponer y adquirir dotes pedagógicas y oratorias de que a veces carecen algunos profesores.

Un año más tarde, en 1879, después de haberse perfeccionado, hasta donde sus recursos le permitían, en la ciencia histológica, de haber leído las obras de valor en esa época, incluidas las alemanas, porque ya traducía sin dificultad en esta lengua, de estar al tanto con las doctrinas de moda, vale decir con Haeckel, Huxley y Darwin y de haberse adornado con las galas oratoria y lírica de rigor entonces, decidió presentarse a la cátedra de Anatomía en Granada, a pesar de los pronósticos pesimistas de quienes conocían o decían conocer de antemano los resultados de tales pruebas. A pesar de todo alcanzó el segundo puesto entre varios concursantes.

Ya abierto el camino de la cátedra, obtuvo, también por oposición, el cargo de director de museos anatómicos en la Facultad de Medicina de Zaragoza, en donde permaneció hasta 1883 en

que ocupó la cátedra de Anatomía en Valencia, mediante un concurso severísimo, ordenado así para acabar con los compadrazgos y simpatías que estaban minando la carrera del profesorado.

Años más tarde y ya orientado definitivamente hacia las disciplinas histológicas; más aún, con una marcada predilección por el estudio del sistema nervioso, fue nombrado, después de las más celebradas oposiciones de la época, catedrático de Histología normal y Anatomía patológica en la Universidad de Madrid.

El Decano, don Julián Calleja, quiso corresponder al inusitado interés de Cajal por la investigación y organizó, en forma muy extensa, los Laboratorios de Histología y Micrografía, en donde continuó en forma vertiginosa los célebres trabajos iniciados anteriormente.

Se descubrieron entonces, claramente, sus magistrales aptitudes de investigador, al lanzarse tenazmente a resolver los enigmas que desde algunos años antes veníanle torturando su imaginación.

Unas tras otras, van apareciendo las publicaciones que sorprenden al mundo científico, que desconciertan a muchos y que asombran a todos.

Los "Anales de Historia Natural" publican una extensa monografía intitulada "La Retina de los Peces", en la cual da a conocer la existencia en la membrana visual de estos animales, de las mismas células bipolares que anteriormente había descubierto y descrito en los mamíferos. Sus monografías sobre el asta de amon y la fascia dentata, sobre la corteza occipital del cerebro y sobre el gran simpático visceral fueron traducidas al alemán por Kolliker y extensamente difundidas.

En febrero de 1894, la Real Sociedad de Londres invitaba a Cajal para que pronunciara el discurso de la Fundación Croonian, honor solamente reservado para aquellos investigadores ingleses o extranjeros que hubiesen realizado un descubrimiento notable, y llenó de pasmo y asombro al auditorio al exponerles, en forma brillante, sus recientes descubrimientos sobre las conexiones de las células nerviosas, de la medula espinal, ganglios, cerebelo, retina y bulbo olfatorio.

Día tras día aparecían nuevos trabajos, nuevas orientaciones y el inagotable filón de los centros nerviosos era explotado implacablemente por el histólogo aragonés y por el equipo de

sus discípulos que seguían paso a paso los métodos y la escuela creada por el sabio maestro.

Después de varias publicaciones sobre el cerebelo y el origen de los nervios encefálicos, traducida a varias lenguas, y prologada la traducción alemana por la más connotada de las eminencias tudescas, por el sabio Meudel, volvió Cajal a consagrarse intensamente al estudio de la retina.

“El más antiguo y pertinaz de mis amores de Laboratorio”. Según solía catalogarlo siempre que hablaba de este género de trabajos.

Sus búsquedas en este campo dieron en tierra con las viejas y aceptadas doctrinas de Kollins, sobre las redes interneuronales que eran tan sólo meras apariencias ópticas.

Sus memorias sobre el quiasma óptico, traducidas al alemán por Kolliker, uno de sus más grandes admiradores y quien se dedicó apasionadamente al estudio del castellano para poder seguir paso a paso los trabajos del sabio español, dejaron establecida la estructura de ese entrecruzamiento nervioso y explicaron, en forma clara y precisa, el cruce fundamental de las vías ópticas en los vertebrados inferiores y el cruce parcial de los mismos en el hombre y en los mamíferos.

Más tarde vuelve de nuevo sobre la corteza cerebral y, según él decía, “Microscopio en ristre lancéme con mi habitual ardor a la conquista de la pretendida característica anatómica del rey de la creación; al descubrimiento de esas enigmáticas neuronas estrictamente humanas, sobre las que se funda nuestra superioridad zoológica”.

El resultado de estos apasionantes estudios fue la demostración, en sus placas microscópicas, de la estructura de los centros perceptivos o sensoriales de Fleisching; el descubrimiento de nuevos tipos de neuronas de axón corto, de tramas pericelulares en cestillo, y en fin, dejó sentada con bases histológicas inobjetables la doctrina de las localizaciones cerebrales.

Día tras día sigue sus investigaciones y los trabajos salidos de sus manos, publicados en todas las lenguas se cuentan ya por centenares y no hay rincón medianamente civilizado del globo en donde sus colegas, doctos o simples licenciados, no discutan sobre las nuevas y sorprendentes doctrinas que salen de España.

Las academias y sociedades científicas se disputan el honor de considerarlo como miembro eximio, y los gobiernos de casi todos los países europeos lo agobian con sus más altas condecoraciones.

raciones. Su patria, al crear la medalla de "Plus Ultra" como recompensa excepcional, enaltece aún más, si ello fuere posible, este galardón al colocarlo orgullosa y por primera vez sobre el pecho del hijo predilecto.

Al ojear con palpitante interés las bellísimas biografías que sobre este coloso de la ciencia han hecho algunos escritores, parece como si su trascendente obra se saliera, en veces, de la realidad para asomarse a los linderos de la leyenda.

Tiene que ser así y debe ser así, como todo lo grande salido de España, tan sólo al transmontar sus sierras adquiere visos de leyenda; porque no es posible, para otras gentes y otras razas, poder aceptar como real y humano lo que en muchos casos parece tan sólo atribuible a los hados o a los dioses.

Para realizar tan magna obra es necesario, por sobre todo, ser un apasionado. Ya lo dijo el mismo don Santiago: "Toda obra grande, es el resultado de una gran pasión puesta al servicio de una gran idea".

Por eso España ha sido y será siempre fuente pródiga de las más hazañosas empresas, de los más vigorosos contrastes, de las más exuberantes pasiones, y para algunos, de una psicología un tanto incomprensible.

Es claro que para mentes cuyos moldes no hayan sido formados en solar hispano no pueden comprender cómo buscando un mismo fin, cómo persiguiendo la luminaria de una misma estrella, se pueda ir por tan distintos atajos.

Sólo España puede dar un Torquemada y una santa Teresa de Jesús, ambos castellanos, ambos persiguiendo ahincadamente el mismo fin, ambos apasionadamente convencidos de su Dios y de su ley.

El uno, llevando a la hoguera y sometiendo a las más cruentas torturas a más de cien mil mártires; la otra todo amor y vehemencia, a la par que dulzura y poesía. Aquél trayendo el infierno para castigar con el fuego a los infieles y ésta mostrando el cielo en su sonrisa, prodigando bondades y perdonando injurias.

Esa santa veneranda y hermosa, de imaginación vehemente, cuyos versos fáciles y ardientes son todo pasión divina, que encarna el misticismo español con todo su esplendor y grandeza, es naturalmente la patrona de España.

Ya dije antes que sus grandes hombres y sus grandes empresas van siempre envueltos en el divagar de la leyenda; por eso las esplendorosas hazañas de Rodrigo Díaz de Vivar, no pu-

diendo admitirse como realizadas por un hombre, fueron poco a poco entrando en el campo nebuloso de la fantasmagoría, enaltecida por las acaloradas mentes de los poetas.

Pero, a no dudarlo, y de ello podrían dar buena cuenta los reyes moros de Cigüenza y Guadalajara, quienes recibieron los recios mandobles de su tizona, el Mío Cid recorrió los campos sin buscar querellas; pero tampoco sin esquivarlas, como dice bellamente Fernández y González:

**Por necesidad batallo,
Y una vez puesto en la silla,
Se va ensanchando Castilla
Delante de mi caballo.**

Solamente España puede dar al mundo un don Alonso de Quijano y solamente España, ubérrima y fecunda, puede al descubrir un Nuevo Mundo impregnarlo tan intensamente con el espíritu de su raza.

Por eso el hidalgo señor de la Mancha también ha cabalgado por estas tierras de América y, según la expresión del célebre hispano don Miguel de Unamuno, que tan ampliamente ha sabido captar el ritmo y el alma de estos trópicos nos dice: "Que su señor don Quijote vino a tierras americanas y se hizo carne y verbo en Simón Bolívar, todo llamarada y luz y energías creadoras".

Hoy, en estas tierras americanas, al reunirnos jubilosamente para conmemorar este centenario sólo nos cabe pedirle, también, apasionadamente al Dios que España nos diera, que ojalá algún día se repita el milagro que selaña don Miguel de Unamuno y que el espíritu aventurero de don Santiago Ramón y Cajal volviera a estos trópicos, para orgullo de España y para honra de América.